



[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

© 2016, Francesc Puigpelat y Jaume Copons

© De esta edición:

2016, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-147-0

Depósito legal: M-35.177-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: febrero de 2016

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

El Club de los Empollones

# El fantasma del profesor de matemáticas

Brian Bones

Ilustraciones de LuisD

loqueleg

### **Ulises Fax**

Es un chico normal y sensato. Lo parece, pero no es un verdadero empollón.



### **Silvestre Marinetti**

Un genio en química. Con tubos de ensayo y líquidos de colores, es capaz de fabricar una bomba... fétida.



### Luka Rose

Habla ocho lenguas vivas, seis muertas y varias agonizantes. Puede descifrar cualquier mensaje en clave.



### Bridget Kowalski

Es un as en matemáticas y física. Es muy lista, pero nula en el aspecto social.



**Lucien Delange**

Es el jardinero de la Escuela Wallaby. Ha pasado de director de una central nuclear a ecologista radical.



**María Mendoza**

Cocinera de la Escuela Wallaby. Hace los mejores pastelillos del universo.



**Michael Wallaby IV**

Director de la Escuela Wallaby. Es un poco ingenuo y está enamorado de Stephanie Malkovic.



**Stephanie Malkovic**

Directora del Internado Malkovic. Solterona, colérica y obsesionada con hundir la Escuela Wallaby.



## Llegada a Wallaby

El año pasado, a poco de empezar el curso, mis padres se trasladaron a Shangai, China, por motivos de trabajo. Los dos son comerciales de Coconut & Choco Chewing Gum, la primera marca del mundo en añadir, a los tradicionales sabores de chicle de fresa y menta, los de cacahuete y chocolate. Cuando me comentaron lo del traslado, me quedé horrorizado. 11

—¿Si voy a Shangai con vosotros, tendré que aprender chino en la escuela?

—Por supuesto —respondió mi madre.

—¡Pero si no puedo ni con el inglés!

Y era cierto: siempre suspendía inglés. Así que mis padres lanzaron una propuesta:

—¿Quieres quedarte en un internado?



—¿Como Harry Potter? —me emocioné—.  
¡Sería genial!

—Empiezas el curso en el internado, y en Navidad nos reunimos en China. ¿Qué te parece?

12 Acepté, claro. ¿A quién no le mola estudiar en un internado de verdad? De modo que mis padres me montaron en un tren, me despidieron en la estación y me dirigí solo hacia una aventura que tenía un nombre: Escuela Wallaby.

Bajé del tren en la estación de Constantina y seguí los carteles hasta las afueras del pueblo. El internado estaba en la linde de un bosque de robles, rodeado de una tapia de tres metros de alto. Junto a la verja, había un cartel:

### ***ESCUELA WALLABY***

***Para todo tipo de niños enrollados.***

***Saber y diversión.***

En el escudo aparecía el perfil de la mascota del internado, un *wallaby*. Por si no lo sabéis, se trata de un tipo de canguro pequeño y simpático.

También me percaté de que, apenas a cincuenta metros a la derecha, había otra tapia con otra reja. Me acerqué por curiosidad y leí el cartel:

### ***INTERNADO MALKOVIC***

***Para números uno.***

***La letra con sangre entra.***

13

El escudo era tétrico y oscuro. Estaba formado por los símbolos del euro y el dólar, entrelazados.



Por encima, con las alas desplegadas, la mascota del internado: un cuervo.

14 Noté un escalofrío ante el cartel. ¡Por fortuna, mis padres me habían mandado a Wallaby! Aunque lo cierto es que, de haber intentado matricularme en Malkovic, no me hubieran aceptado: mis notas distan mucho de las de un número uno. Al contrario: en bastantes exámenes suelo sacar un uno.

Llamé al timbre de la verja y vino a abrirme un viejo jardinero con sombrero de paja.

—Me llamo Lucien Delange —me dijo—. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?



—Mi nombre es Fax. Ulises Fax.

—Te esperaba. Llevaré tu maleta en mi carrito.

El jardín era magnífico, con césped y grandes robles. Había dos enormes edificios de piedra, neogóticos, con arcos, columnatas, estatuas y galerías: en uno estaban las aulas y en el otro, los dormitorios y el comedor. Delange me guio hasta mi habitación, que estaba en un segundo piso. Abrió la puerta y me dijo, en tono muy educado:

—Compartirás dormitorio con Silvestre Marinetti.

Y añadió, riendo:

—Ten cuidado. ¡Utiliza armas químicas!

Delange se largó y me quedé en el umbral del cuarto, desconcertado. Marinetti ni siquiera se giró para saludarme.

—Siéntate en tu cama —dijo— y espera.

Me senté y observé. La mitad de la habitación que ocupaba Marinetti estaba llena de trastos de laboratorio. Había tubos de ensayo,

alambiques, frascos con productos químicos, redomas, hornillos y un montón de libros sobre química. Mi nuevo compañero estaba mezclando polvos de colores y líquidos. Y, de pronto, ocurrió.

¡Qué peste!

16 Un pestazo de muerte. Asqueroso y nauseabundo. Una mezcla de lavabos de estación de tren, pis de caballo, lejía barata, queso Roquefort, estiércol de cerdo, acelgas hervidas, judías hervidas, repollo hervido y col hervida. (Lo aclaro por si no se nota: no soporto la verdura).

Me tapé la nariz y, mareado, me senté para no caer. Silvestre, que llevaba una pinza de tender la ropa en la nariz, exclamó:

—¡Éxito total! ¿Te gusta?

No fui capaz de responder.



—La reacción química es perfecta. ¡Qué invento!

—¿Pero para qué sirve? —le pregunté.

—Es un producto para mantener alejados a los pelmazos —respondió Silvestre—. Si quieres ahuyentar a alguien, lo derramas y listo.

Me quedé callado y un poco mosqueado por su comentario. ¿Me estaba llamando pelmazo, sin ni siquiera conocerme?

—No te ofendas —aclaró Silvestre—. No iba por ti. ¿Eres mi nuevo compañero?

—Sí.

—Encantado. Ven. Te presentaré a nuestras vecinas.

—¿Vecinas?

—Las chicas de la habitación de al lado.

Nos deslizamos por el pasillo y Silvestre llamó a la puerta. Una vocecita aguda respondió:

—¡Adelante!

Nos recibió una chica menuda, rubia, de ojos azules.



18 —Soy Luka Rose —dijo—. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Ulises Fax —respondí.

—Ulises —repitió Luka—. ¡Qué nombre tan interesante! Sabes de dónde viene, supongo.

—De un hámster que tenía mi padre a sus cinco años. Al pequeño Ulises, le tenía mucho cariño.

Luka me miró con expresión incrédula.

—¿No conoces el origen del nombre «Ulises»? —dijo.

—¡Ah! ¿No viene del hámster?

—¡Claro que no! Ulises es el nombre de un héroe griego, que participó en la guerra de Troya. En la variante más primitiva del griego jónico,

Ulises significa «enojado», aunque en versiones posteriores pasó a ser «astuto». Es el protagonista del célebre libro la *Odisea*, de Homero...

Luka me soltó todo este rollo, pero sin rastro de pedantería. Me cayó simpática. De modo que no me molesté en ocultar mi ignorancia y contesté:

—¿Homero? ¿Y quién es ese?

19

—Un escritor griego. Al menos, conocerás a Homer Simpson, supongo...

—Sí.

—Pues Homer Simpson toma su nombre de Homero. Para retratar a un americano garrulo e ignorante, ¡nada más divertido que darle un nombre griego!

Luka y Silvestre rieron a carcajadas y me sumé a ellos. Eran dos chicos listos y seguro que sus boletines de notas estaban llenos de sobresalientes. ¡Pero eran muy amables! La compañera de Luka Rose era una chica alta, morena, de ojos azules. Estaba inspeccionando





un armario que tenía en la puerta un póster de Einstein. Sacaba ropa, libros y toda clase de objetos, los tiraba al suelo y refunfuñaba:

—¿Dónde diablos la habré metido?

—¿Qué buscas, Bridget? —le dijo Silvestre.

—¡Mi lupa! ¡Alguien ha robado mi lupa!

20

—me vio, me señaló con un dedo y chilló—: ¡Al ladrón! ¡Detenedlo! ¡Socorro! ¡Policía! ¡A la cárcel! ¡A la silla eléctrica!

Luka le tapó la boca, la calmó y dijo:

—¡Shhh! Se llama Ulises Fax y acaba de llegar. ¿Crees que esta es manera de recibir a nuestro nuevo vecino?

—¡Pero me han robado la lupa!

Ya calmada, siguió removiéndolo el armario. Silvestre me guiñó un ojo y me dijo:

—No le hagas caso. Es un poco obsesiva, como todos los genios de las matemáticas. Se llama Bridget Kowalski, y un día le darán un Premio Nobel o dos.

—Buenos días, Bridget —dije.



Pero no respondíó. Silvestre Marinetti y yo regresamos a nuestra habitación y estuvimos hablando mientras deshacía mi maleta y ordenaba (o, mejor dicho, amontonaba a lo bruto) mi ropa en el armario.

—Te incorporas con el curso empezado —me dijo Silvestre—, pero te pongo al corriente enseguida. Este año, hay dos novedades importantes.

—Cuenta.

—La primera: tenemos un profesor de matemáticas muy malo. Y tan loco y tan friqui que, en vez de tener nombre, se hace llamar G17.

—¿Como si fuera un robot?

—Exacto —respondió Silvestre, riendo.

—¿Y la segunda novedad?

—Un fantasma. En el internado ha aparecido un fantasma.

